



ANNA
CASANOVAS

Sin miedo a nada

Sin miedo a nada

Anna Casanovas

Esencia/Planeta



1



El frío de esa noche era probablemente lo único que acompañaba a Alejandro. La calle, una de las más transitadas de la ciudad durante el día, estaba prácticamente desierta y los únicos testigos del accidente fueron los árboles y las luces de Navidad, todavía a medio colgar.

Los neumáticos del Porsche chirriaron al subirse a la acera y Alejandro creyó ver estrellas alrededor del vehículo, aunque probablemente eran las chispas que saltaban del metal, que él veía con efecto astral por culpa del alcohol y las drogas que saturaban su organismo.

Pero seguía estando consciente. Demasiado consciente. Nada parecía mitigar la angustia y la rabia que sentía y que probablemente olvidaría al día siguiente. O negaría.

«No, esta vez, no», pensó, al oír cómo el morro del vehículo se estrellaba contra el escaparate de una lujosa tienda de ropa.

Esa vez no se despertaría resacoso y con una, o varias, desconocidas en la cama. Esa vez no podría seguir fingiendo.

La luna del Porsche aguantó el impacto y el airbag se disparó de inmediato para proteger el torso y la cabeza del conductor.

¿Se maldijo Alejandro al notar que seguía teniendo todas las vértebras pegadas al cuerpo?

El ruido fue ensordecedor y abrumador al mismo tiempo. Los cristales del escaparate caían formando una extraña danza alrededor de la carrocería negra del carísimo coche que Alejandro ape-



nas había conducido en un par de ocasiones. Probablemente, si sumaba todos los minutos que había pasado detrás de aquel volante, no llegaban a cinco horas, y prefería olvidar lo que había sucedido durante el último trayecto.

El último antes del accidente, evidentemente.

Le zumbaban los oídos y el humo hacía que le escocieran los ojos. Notaba algo pegajoso resbalándole por la frente y supuso que era su propia sangre. Intentó enarcar una ceja, pero el dolor fue como si le atravesaran el cráneo con un clavo. Sonrió.

Podía sentir los dedos de la mano derecha tocando el cuero negro de la silla, moviéndolos al ritmo de... ¿la sierra eléctrica de los bomberos?

Era un tic, algo que hacía sin darse cuenta: seguía la cadencia de un sonido e intentaba convertirlo en una melodía tamborileando con los dedos. Los de la mano izquierda no podía moverlos. Lo intentó y sintió un dolor insoportable; apretó los dientes y notó el distintivo sabor a hierro de la sangre.

El dolor le subió por la muñeca y estalló en su antebrazo. Se le nubló la mente y pensó que por fin iba a perder la conciencia.

Un cable eléctrico se desplomó encima del capó y lo obligó a abrir levemente los ojos. Había humo por todas partes y un par de maniqués en llamas en el suelo. Los ojos de esos muñecos, completamente blancos, desprendían más vida de la que sentía Alejandro en su interior. Y se estaban fundiendo sin que nadie los mirase.

El airbag le oprimía el torso y lo aprisionaba contra el asiento. Olía a una sustancia química extraña y no podía respirar. La bilis iba subiéndole por el esófago y estaba empapado de sudor a pesar del frío que lo calaba hasta los huesos.

La sierra de los bomberos abrió el techo del Porsche como si fuese una lata de sardinas y siguió deslizándose por el lateral izquierdo del destrozado vehículo, justo por detrás de la espalda de

Alejandro. La máquina infernal se detuvo de repente y el ruido cesó un segundo.

—¡Un médico!

«No hace falta.» El corazón de Alejandro estaba al borde del infarto. Lo mejor sería que se detuviese de una vez por...

—¡Un médico! —repitió el desconocido en voz más alta, tras quitarse el casco—. Y vosotros dos —señaló a otros dos bomberos—, venid a ayudarme.

Alejandro no oyó ninguna respuesta, pero notó que alguien le tocaba las vértebras del cuello.

—No están rotas —dictaminó una segunda voz—, pero tiene que sacarlo de aquí de inmediato, capitán.

—¿Y qué cree que estamos intentando hacer? Apártese para que podamos terminar con nuestro trabajo —le ordenó—. ¡Ya habéis oído al doctor, chicos! Terminad de serrar el coche, este cretino ha tenido mucha suerte.

«Sí, mucha suerte.»

La sierra volvió a ponerse en marcha y las chispas volaron de nuevo a su alrededor. El tiempo dejó de importarle, lo único que quería era dormir y el ruido que estaban haciendo aquellos horribles bomberos se lo impedía.

Arrancaron la puerta y ésta chocó con estruendo contra el suelo.

—¡Doctor, traiga la camilla!

—Sujétenlo con cuidado —indicó el único que parecía dispuesto a plantarle cara al jefe de los bomberos—. Le está sangrando la cabeza y todavía tengo que examinarlo, y... ¡Joder!

«¿Qué pasa?»

—Usted no tiene hijas adolescentes, ¿verdad, capitán?

—¿A qué viene esto ahora?

—¡Joder, capitán! —exclamó un bombero.

—¡Mierda! —dijo otro.

—Creía que les había dejado claro que en mi cuartel no se decían tacos. Vayan de inmediato a ayudar al médico con el herido, ya hablaremos luego de esto.

—¿De verdad no sabe quién es, capitán?

—¿Quién es quién? —preguntó el hombre, exasperado.

—El conductor.

—¿Aparte de un imbécil que ha estrellado un coche que vale casi tanto como mi casa contra un escaparate en mitad de la noche?

—Es Alejandro Cruz.

—Como si es el rey de Roma —se exasperó el capitán—, sáquenlo del coche de una vez. El incendio está controlado, pero todavía nos queda mucho por hacer. Ha tenido suerte de que no pasara nadie por aquí cuando ha decidido aparcar en Chanel.

Los dos jóvenes bomberos habían empezado a sacar a Alejandro, mientras uno de ellos respondía a las preguntas de su superior. Él tenía la sensación de estar flotando en el aire, de alejarse despacio de aquel lugar y de aquella conversación que ya no le interesaba.

El capitán de los bomberos no sabía quién era Alejandro Cruz.

Él tampoco.

Se atragantó y escupió sangre. Las convulsiones lo sacudieron, mientras los bomberos lo tumbaban en la camilla. Alguien le arrancó la camisa, o lo que quedaba de ella. Notó una aguja clavándosele en un brazo. Una sensación que reconocía a la perfección.

El vacío. El corazón golpeándole las costillas para intentar reventarlas y salir de allí de una vez. Los pulmones asfixiándose con ellos mismos. Las entrañas retorciéndose en su interior y peleándose unas con otras. La bilis saturándole el esófago.

Su cuerpo entero libraba una batalla que a él le era completamente indiferente.

Y se dispuso a rendirse.

Ya nadie podía hacer nada para impedirle seguir adelante.

Se lo impidieron.

O le salvaron la vida, Alejandro todavía no había tomado una decisión al respecto. Un horrible dolor de cabeza fue lo que lo despertó y lo obligó a abrir los ojos tres días más tarde.

¿Dónde estaba?

Abrió primero un párpado, pero volvió a cerrarlo de inmediato. Por aquella maldita ventana blanca entraba demasiado sol.

¿Desde cuándo tenía una ventana blanca? ¿Y de dónde diablos habían salido aquellas cortinas beige?

Abrió de nuevo ese único ojo y notó que le tiraba la ceja. Levantó la mano derecha para tocársela y se encontró con el tacto de una venda.

—Te quedará una cicatriz.

Volvió la cabeza de golpe hacia el propietario de esa voz y se encontró con su hermano Miguel mirándolo como si se estuviese planteando seriamente la posibilidad de matarlo con sus propias manos.

—Y tendrás suerte si no acabas en la cárcel —añadió.

—Joder —farfulló Alejandro, cuando las primera imágenes empezaron a dibujarse en su mente.

El Porsche, el accidente, los cristales rotos, los bomberos.

—Sí, joder, Jandro. —Miguel se levantó del sofá donde había estado sentado y se puso la cazadora de cuero que descansaba en el respaldo—. Los de la discográfica quieren demandarte —explicó, poniéndose bien el cuello—. Y yo... —Suspiró exasperado.

—Tú, ¿qué? No me vengas con sermones, Miguel.

—Héctor, Christian y yo les hemos convencido de que no lo hagan —siguió, sin responder a la pregunta anterior y acercándose a la cama—, y Lola te ha contratado al bufete más caro del país para que negocie con la fiscalía.

—¿La fiscalía? —Enarcó las cejas y apretó los labios al notar de nuevo los puntos tirándole de la cicatriz.

—Sí, la fiscalía. Me parece que has superado el récord de alcoholemia de algún otro tarado, por no hablar de las drogas que también encontraron en tu sangre al hacerte las pruebas para operarte. Pon la tele o conéctate a Internet, te pondrás al día de los detalles. Quieren acusarte de no sé cuántos delitos. Y pueden hacerlo, Jandro. Gracias.

—Oh, vamos, cómo si tú no hicieras lo mismo.

Miguel entrecerró los ojos y los fijó en los de su hermano. Se llevaban apenas un año y las diferencias físicas entre los dos eran extremas, porque su madre los había tenido con dos hombres distintos, los dos igual de inexistentes, por eso Alejandro y Miguel Cruz llevaban el apellido materno. Y ése era uno más de los motivos por los que estaban tan unidos.

—No voy a permitir que lo echés todo a perder —sentenció Miguel—. Ahora no.

Alejandro le sostuvo la mirada e intentó recordar cuándo había sido la última vez que había discutido con su hermano. Aquel día en medio de la grabación del último disco.

—Tenemos seis meses de descanso —continuó Miguel antes de que Alejandro pudiese reaccionar.

No sabía si la lentitud se debía a los tranquilizantes que sin duda corrían por sus venas o a la frialdad que desprendía la mirada de su hermano.

—Yo me voy a Londres. No sé qué piensan hacer Héctor y Christian, pero no cuentes con que vengan a verte.

Se dio media vuelta y volvió a acercarse al sofá para coger el pequeño ordenador portátil que había estado haciéndole compañía durante las horas de vigilia.

—¿Cuándo volverás? —fue la única pregunta que consiguió formular Alejandro.

—No lo sé. Ya te llamaré.

Se encaminó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte.

—Acepta el trato que te ofrezca la fiscalía. Los milagros que puede conseguir Lola tienen un límite. Acéptalo, Jandro, o yo mismo te echaré del grupo.

Cerró en silencio, pero aquella despedida fue más rotunda que cualquier portazo.

Alejandro cerró de nuevo los ojos y tragó saliva varias veces en un intento de serenarse. Estaba tan furioso con Miguel que durante unos segundos se olvidó de todo lo demás, incluso de que estaba en un maldito hospital.

Volvió a levantar la mano derecha y se palpó la cabeza en busca de más heridas. Suspiró aliviado al comprobar que la de la ceja era la única. Abrió los ojos de nuevo y se inspeccionó el resto del cuerpo.

Mierda.

La mano.

¿Cómo era posible que hasta entonces no se hubiese dado cuenta de que no podía moverla? ¿O de que tenía los dedos enyesados y encerrados en lo que parecía una jaula de clavos? Un instrumento de tortura de la Inquisición española.

¿Se había roto todos los dedos? ¿La muñeca? ¿El antebrazo?

Joder, ¿por qué no había nadie allí explicándoselo? Se merecía una explicación.

Inspeccionó la habitación con ojos frenéticos, como si con la

fuerza de esa mirada pudiese hacer aparecer a un médico con todas las respuestas que necesitaba.

Vio la televisión de plasma y el sofisticado mando a distancia que delataban que seguramente estaba en una de las clínicas privadas más caras y selectas de Barcelona.

Pero todo eso no le servía de nada. Alejandro no tenía ninguna duda de que su hermano tenía razón y si ponía el televisor encontraría mil y un programas hablando de él; no tenía humor para soportarlo. No solía tenerlo normalmente y menos vestido con una patética bata de hospital, sin afeitarse, con sangre en el pelo, con la boca sabiéndole a rata muerta y con la mano, lo único que necesitaba para vivir, destrozada.

Movió la mano derecha —al menos seguía teniendo una de las dos en buen estado— y encontró la perilla para llamar a la centralita de las enfermeras. La rodeó con los dedos y se dijo que tenía miedo de llamar y de que apareciese una y le dijese que nunca recuperaría el uso de la mano izquierda.

No apretó. Iba a apretar.

Tenía que apretar.

Tenía que saberlo.

Oyó que la puerta se abrió y soltó el cable blanco para adoptar su habitual actitud de indiferencia. Fuera quien fuese el visitante, no iba a verlo asustado.

—Veo que te has dignado despertarte.

Lola.

—Tienes muy mal aspecto —la saludó Alejandro.

—Gracias, tú también, capullo —le contestó ella con una sonrisa—. Llevo casi dos días sin dormir por culpa de un idiota. Uno de mis representados tuvo la genial idea de conducir borracho y colocado y estrellar un Porsche nuevito contra el escaparate de Chanel.

—Parece un tío simpático.

—Yo también lo creía, pero no, es un imbécil. —Lola se sentó en una butaca blanca que había al lado de la cama y fulminó a Alejandro con la mirada—. ¿En qué diablos estabas pensando?

—Miguel ya me ha soltado el sermón —dijo él—, puedes ahorrártelo.

—¿Sabes qué?, tienes razón —replicó Lola, sorprendiéndolo—. No voy a sermonearte, ni a decirte que podrías haberte matado. Lo sabes perfectamente. Voy a decirte que los de la discográfica están buscando algún resquicio en el contrato para poder echarte del grupo. Tienes suerte de tener a la mejor agente del mundo —añadió, refiriéndose a sí misma.

—Y la más cara.

—Puedes dejar de pagarme, si quieres —lo amenazó ella.

—No, de momento me parece bien —se apresuró a afirmar Alejandro.

No tenía ninguna duda de que Lola lo dejaría sin pensarlo dos veces.

—Me alegro.

Lola volvió a sonreír. Era impresionante el miedo que conseguía infundir con aquella sonrisa, a pesar de que apenas media metro y medio y probablemente todavía no había cumplido los treinta. Nadie sabía exactamente cuántos años tenía en realidad.

—Tu hermano se va a Londres esta misma tarde —continuó ella—, Héctor ha vuelto a ponerse en plan místico y se irá a no sé qué isla, y Christian —resopló—, Christian ha desaparecido, pero cuando dé con él, te aseguro que me va a oír.

—¿Christian ha desaparecido?

—Más o menos —contestó misteriosa—. En fin, imbécil, que me has tenido para ti solo estos días y he conseguido convencer al fiscal de que no te meta en la cárcel.

—¿Y qué tengo que hacer a cambio, una donación a alguna fundación, un concierto benéfico?

Alejandro odiaba esa clase de actos, pero podía soportarlo si con ello se salvaba de ir a la cárcel. Además, cuanto antes se lo quitase de encima, antes podría irse él también de vacaciones.

—Oh, no, esta vez no te saldrá tan barato.

El tono de voz de Lola lo puso en alerta. Su representante siempre era seria y cortante, imponente, pero ahora había algo más: una advertencia.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Estrellaste un Porsche recién comprado en el escaparate de una de las tiendas más caras de Barcelona. —Le estaba hablando como si fuese idiota y subrayando cada frase con un movimiento del dedo—. Ibas borracho y colocado. Otra vez. Ah, no, no me vengas con excusas, Jandro —lo detuvo, antes de que pudiese decir nada—. Chanel quería denunciarte, pero con una cantidad más que generosa que ha salido de tu bolsillo, los he convencido de que no valía la pena perder meses en un juicio.

—Joder, Lola, ¿cuánto?

—Mucho. Cállate y sigue escuchando. El fiscal no quería dinero, quería dar ejemplo contigo, enseñar a los jóvenes que las drogas y el alcohol perjudican la salud y que todo el mundo es igual ante la justicia.

—Memeces.

—Cállate, Jandro.

—Lo siento. Sigue.

—La verdad es que estuve tentada de dejar que te metiese en la cárcel, pero entonces pensé que el resto del grupo no se lo merece. Y yo tampoco. Todos hemos trabajado mucho para llegar hasta aquí.

Lola había estado con ellos desde el principio. Si a Alejandro

no le fallaba la memoria, en los últimos cinco años, sólo había desaparecido de sus vidas durante unos meses, tres años atrás, unos meses de los que se negaba a hablar.

—Así que le dije al fiscal que tenía toda la razón.

—¿¡Que has hecho qué!?! ¡No tenías derecho a negociar con mi vida mientras estaba inconsciente!

—¿Y quién iba a hacerlo? ¿Miguel? No sé qué diablos os pasó en el estudio de grabación, pero después de que el médico nos asegurase que ibas a salir de ésta, tu hermano no quiso saber nada más de ti. Me sorprende que haya esperado a que te despertases, estaba segura de que se iría a Londres sin despedirse.

Alejandro no quería hablar de esa discusión con Lola. A pesar de los insultos, la consideraba una de sus mejores amigas y sabía que para Miguel también lo era; no quería meterla en medio de los dos.

Probablemente ése era uno de los pensamientos no egoístas que tenía en la vida.

—Dime qué clase de pacto infernal has acordado con el fiscal y vete a buscar a Christian. —Alejandro recuperó su actitud defensiva de siempre—. Tal vez él no estrellará un coche contra un edificio, pero es mucho más peligroso que yo. Ahora que lo pienso —dijo de repente, al recordar una imagen de la fiesta anterior al accidente—, os vi discutir en el hotel.

—Fue una tontería —afirmó Lola, pero él creyó ver algo detrás de su fría máscara. O tal vez fueron los medicamentos—. Preocúpate por ti y presta atención. La semana que viene te darán el alta.

—¿Qué día es hoy?

Ella enarcó una ceja, molesta por la interrupción, pero debió de parecerle lógica y se limitó a enfurruñarse.

—Viernes. La semana que viene te darán el alta e ingresarás voluntariamente en la clínica Dresler.

—¿Voluntariamente? —Ahora la ceja la enarcó Alejandro, la que no tenía cosida.

—Sí, Jandro, voluntariamente, aunque tenga que llevarte tirándote de ese pelo negro que tanto les gusta a tus fans. Habrá sólo dos periodistas acreditados para tomar fotos. Yo demandaré al resto. Tendrás que quedarte en la clínica un mes y someterte a su programa de desintoxicación.

—Espera un momento —dijo entre dientes—. Yo no tengo ninguna adicción. ¡No la tengo! —reiteró, al ver cómo lo miraba.

—Pues te pasas el mes haciendo reposo y siguiéndoles el juego. No me importa, Jandro, pero si pones un pie fuera de esa clínica antes de que te den el alta, el fiscal retirará el trato y te llevará a juicio. Y la discográfica encontrará la manera de echarte del grupo. O tu hermano.

—No quiero pasarme un mes en una clínica de desintoxicación.

—Yo no quería pasarme estos últimos días encerrada en este hospital o dejando que ese estúpido fiscal me humillase, pero mira, he tenido que hacerlo. Y te juro que el lunes vas a entrar allí como me llamo Lola.

—Está bien. No te sulfures.

—Eres increíble, si no fuera porque sé que no estás bien, te daría una patada ahora mismo.

Alejandro tragó saliva y apartó la vista un segundo para ocultar, en vano, que el comentario de su agente lo había descolocado.

—El único problema que tengo es la mano izquierda —sentenció furioso—, y todavía nadie se ha dignado explicármelo.

—Te rompiste todos los huesos posibles; si los bomberos no hubiesen llegado tan rápido, probablemente la habrías perdido del todo. Estuvieron no sé cuántas horas operándote, mientras se te paraba el corazón. Así que tuvieron que inducirte un coma.

Alejandro palideció al oír eso.

—Tengo entendido que el cirujano que te operó la mano es casi un dios. Dice que tendrás que hacer rehabilitación, pero que es muy probable que recuperes entre el ochenta y el noventa por ciento de la movilidad.

Él necesitaba el cien. Era guitarrista, joder, no cantante, como Christian.

—Por ese motivo convencí al fiscal de que nos dejase ingresar-te en la clínica, tienen un gran equipo de fisioterapeutas.

—Puedo hacer rehabilitación cuando vuelva a casa.

—Si quieres volver a tocar —pronunció la frase que Alejandro más temía—, empezarás a hacer rehabilitación el lunes en esa maldita clínica y además harás todas las sesiones de terapia que te pidan. Me importa una mierda que tengas que confesarte delante de veinte personas, o si te ponen a pintar o a hacer gimnasia. Lo haces y punto. El fiscal quiere un informe diario y te juro que está impaciente porque vuelvas a cagarla, Jandro, así que no le des motivos.

—Ya te he dicho que está bien. Iré a la clínica.

—Cuando te den el alta, tendrás que someterte también a análisis sorpresa por parte de la discográfica. Al menos durante un tiempo. El resto del grupo se tomará el mes que tú estarás en la clínica de vacaciones y después tenéis que volver al estudio y empezar a trabajar en el nuevo disco.

—Joder, Lola, no pienso someterme a ningún análisis. Diles que quiten esa cláusula del maldito trato.

—No, esa cláusula la puse yo —afirmó ella, mirándolo a los ojos.

—Te has vuelto loca —masculló Alejandro—. Completamente loca.

—Piensa lo que quieras. —Se levantó de la butaca—. Llevas

meses descontrolado. El accidente ha sido la gota que ha colmado el famoso vaso. Si querías llamar la atención, lo has conseguido. Felicidades. Miguel no quiere saber nada más de ti. Héctor se ha largado y Christian ha desaparecido. Y yo estoy muy cansada. Así que piénsalo bien. —Se agachó y le dio un beso en la frente—. Ingresa en esa clínica.

Lola se apartó y se dirigió hacia la puerta igual de abatida y decepcionada que lo había hecho antes Miguel. Alejandro no pensaba permitir que sus amigos, las únicas personas a las que consideraba familia, lo juzgasen y condenasen de ese modo. Y menos cuando ellos eran culpables de cosas peores.

Pero al parecer todos habían tomado la misma decisión e iban a abandonarlo. Pues por él podían irse todos al mismísimo infierno.

Flexionó los dedos de la mano derecha un par de veces y buscó el mando del televisor. Lo puso en marcha sin fijarse en el canal.

Y fingió que no oía a Lola decirle que lo llamaría dentro de un mes.

Genial. Lo iba a dejar allí tirado, cuando se suponía que cobraba una cantidad indecente de dinero para cuidar de él y del resto del grupo; Miguel se había ido sin concretar si lo llamaría o si iría a verlo algún día, y Héctor y Christian no habían aparecido ni iban a aparecer.

Estaba solo.

Mejor, mucho mejor.